
Revistas americanas



Buenos Aires: calle Corrientes, a la altura del 3100. En varias cervecerías y cafés de esta calle se reunían los escritores del grupo Florida.

Las revistas argentinas de vanguardia en la década de 1920

1. Los primeros intentos

El calificativo de vanguardistas, aplicado a las principales revistas que surgen en la década de 1920, abre un primer interrogante. Uno puede resolverlo diciendo simplemente que, como tantas otras veces, antes y después, los jóvenes que se incorporan al quehacer desde una situación periférica respecto de los grandes centros europeos de la cultura «universal», buscan dotar a las letras de su país de un envión transformador. Se dice así una enorme verdad, la de que todo el proceso histórico-literario avanza, en dichas zonas, según el ritmo inorgánico que articula, con dificultades, las exigencias internas y las presiones externas. Pero no toda la verdad: es incorrecto exagerar el deslumbramiento por lo foráneo, inclusive porque el mero acto de trasplante provoca, a corto o largo plazo, reacondicionamientos del modelo elegido. Precisamente en torno de esos tres vértices puede leerse el aporte de las revistas literarias vanguardistas de esa década en la Argentina: por un lado, la repercusión de los vigorosos movimientos de avanzada artística europeos, que surgen ya en la década inicial del siglo XX, pero que se incentivan durante los años de la primera posguerra; por otro, la exigencia de una literatura más acorde con el impulso maquinista de un mundo industrializado, lo que implicaba a la vez una urgente necesidad de «actualizarse» y otra de revisar lo que se es o se cree ser y, por tanto, la problemática de la índole nacional; en un tercer ángulo, por fin, la expresión literaria vigente hasta ese momento y que caracterizaría por una tardía asimilación del realismo (Manuel Gálvez), a veces con clara filiación positivista (Benito Lynch), a veces matizada con rasgos modernistas más o menos heteróclitos (Horacio Quiroga, lector de Kipling y Dostoievsky), y que adquiere un sesgo muy peculiar en el verso hispanófilo de Baldomero Fernández Moreno y su escuela (Alfredo Bufano, Pedro Herreros, Luis Cané, etc.). Eso, junto a una aluvional folletería de quiosco*, a la dispersión por los escenarios barriales del género chico criollo, acompañado del tango canción, y a otras expresiones de la literatura popular.

Tal proceso de proyección interna del vanguardismo europeo, su aclimatación y su enfrentamiento con las normas imperantes, sufre a su vez condicionamientos particulares. El primero sería la diversidad misma de esas mentadas vanguardias, oscilantes entre el desenfado irreverente de los futuristas y el sórdido buceo de los surrealistas. Y es notorio, en tal sentido, que nuestros escritores jóvenes más inquietos se inclinaron hacia el primero de aquellos extremos, ignorando o poco

* Entre 1915 y 1925 aparecieron diversos folletos de papel muy rústico, 15 ó 20 páginas incluida la publicidad y un tiraje que, en algunos casos, superó los 200.000 ejemplares. Al lado de escritores conocidos (Roberto Payró, Benito Lynch, José Ingenieros, Hugo Wast, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, etc.) figuraron otros cuya fama se inició dentro de ese espacio para proyectarse luego al circuito del libro, como Marcelo Peyret, Pedro Sonderegger o Josué Quesada. Consigno, entre muchas otras, el éxito de *Ediciones mínimas* (1915-1922), *La novela semanal* (1917-1922) y *La novela del día* (1918-1924).